

sus manos estaban diligentes á servirlo. Con una atencion semejante y con el mismo ardor se debe levantar un pecador convertido. Por medio de continuas buenas obras debe reconocer las gracias recibidas. Y si verdaderamente ha resucitado y vive, lo debe manifestar con movimientos animados y regulados de la caridad, de la humildad y de la oracion, y con todas aquellas santas obras que pidan una vida cristiana.

Cuarto. *El afecto de esta mujer.* ¿Quién jamás podrá comprender con qué amor sirvió á Jesús y á sus discipulos? Lo tuvo á mucho honor considerando la grandeza de aquellos á quienes servia; juzgó que era obligacion suya por los beneficios que habia recibido, y halló en servir al Señor una satisfaccion sensible considerando la bondad con que acompañaba sus favores. ¿No servimos nosotros al mismo Señor y tenemos los mismos motivos para servirlo? pues por qué no lo servimos con el mismo afecto? Cuando se sirve con amor, el servicio es mas exacto, mas dulce y mas meritorio. Sin este afecto se hace mal aquello que se hace, ó se hace con pena, con oimiento, con náusea, con fastidio, con impaciencia y con mil quejas y lamentos; de manera que un tal servicio merece ser antes castigado que premiado. Resolvámonos, pues, una vez á obrar siempre por Jesús y por su amor, animemos nuestra fe y no nos será difícil el encender tambien nuestro fervor.

PETICION Y COLOQUIO.

Estoy resuelto, ¡oh Dios mio! á tener siempre á la vista en mi conducta aquel amor que viene inspirado de una fe humilde y laboriosa; á no resistir jamás á vuestros llamamientos, y á seguir en adelante con fidelidad todas las impresiones de vuestra gracia. Pero mandad vos mismo, ¡oh Jesús mio! á las pasiones que me dominan; extended vuestra mano; socorredme y guíadme; sacadme del lodo en que hasta ahora he vivido, y ayudadme y sostenedme para romper mis malos hábitos, rebatir las tentaciones y mortificar mis deseos terrenos y carnales, sin que tenga respeto alguno á los juicios de los hombres ni á mí mismo. Levantadme hasta vos para que siempre viva unido á vos. ¡Ah! haecid que algun dia sean mis sentimientos semejantes á los de la suegra de san Pedro, cuando en mi última enfermedad os dignáreis, ¡oh Jesús! de venir á aliviarme en mis dolores, á visitarme en vuestro Sacramento, y no contento con extender vuestra adorable mano, á daros á mi todo vos mismo y con vos la prenda segura de una vida inmortal. Hablad entonces, mandad, ¡oh divino Salvador mio! A vuestro mandato, desatada mi alma de los lazos de su cuerpo, limpia ya de sus pecados, libre de sus dolores y victoriosa de la muerte, os verá sin sombras y sin nubes y vivirá eternamente con vos. Día feliz, ¿cuándo vendrás? ¿y dónde encontraré yo alivio

mientras te veo tan lejos? ¡Ah! sabré bien servirme de la libertad que aunque me queda, para ir á encontraros, ¡oh Jesús! Quiero siempre recibirlos con aquellos mismos sentimientos que deseo tener en aquel último dia de mi vida. Amen.

MEDITACION XLVI.

MUCHAS SANIDADES OBRADAS EN LA TARDE DEL MISMO DIA.

San Marcos, I. v. 32, 34.—San Lucas, c. IV, v. 40, 41.—Y san Mat. c. VIII, v. 16, 17.

Jesucristo sana los enfermos, libra los endemoniados y cumple con estos milagros la profecía de Isaias.

PUNTO I.

SANA JESÚS LOS ENFERMOS.

“Y á la tarde, puesto ya el sol: toda la ciudad se habia juntado á la puerta.... Le presentaron muchos endemoniados; y echaba con la palabra los espiritus.... y curó muchos afligidos de varios males. Y imponiendo á cada uno de ellos las manos, los sanaba.”

Primero. *La hora tarda del dia no le da fastidio á Jesús.* A poco tiempo, después de haber sanado la suegra de san Pedro, se puso el sol, y con el dia cesó la obligacion del reposo mandado por todo el sábado, que segun el uso constante de los hebreos, se computaba de una tarde á la otra. Todos los afligidos que esperaban socorro, deseaban con impaciencia este momento, y apenas llegó, e tuvieron prontos y solícitos, ó para llevar á Jesús sus enfermos, ó para presentarse á sus pies con sus propios males. Este divino Salvador, dejándose llevar de los movimientos de su caridad, impuso á cada uno de ellos las manos, y los sanó.—No necesitamos nosotros esperar los momentos en que Jesucristo quiera escucharnos para pedirle gracias: en todas las horas lo hallamos, de noche y de dia; todos los tiempos le son oportunos para recibirnos, para escucharnos y para atendernos: para su caridad no hay hora alguna importuna.—Es, pues, de este carácter nuestra caridad: nos vamos á Jesús á todas horas? recibimos á nuestro prójimo en cualquier hora que recurra á nosotros?

Segundo. *Jesucristo no es molestado por la multitud del pueblo.* Casi toda la ciudad se habia juntado al rededor de la casa de san Pedro y tenian sitiada la puerta; de todos los ángulos de la ciudad de Cafarnaum venian conducidos los enfermos para presentarlos á Jesús.... No fué

violento el ni se disgustó por la multitud. La importunidad y abundancia de los suplicantes no pudieron resistir el poder y la voluntad que tenia de contentarlos, antes bien estaba tanto mas satisfecha su bondad, cuanto mayor campo se lo presentaba de derramar sus beneficios. Esta multitud del pueblo que venia con fe para recibir alivio á sus males, era para su corazon un espectáculo bien agradable. Este espectáculo se renueva aun en nuestros dias, nosotros vemos el pueblo fiel correr en tropas á los templos para adorar á Jesús y pedirle gracias. Unámonos con esta fervorosa multitud, hagámonos su guia, animémosla con nuestro ejemplo, ó á lo menos edificémosla con nuestra modestia y con nuestro recogimiento.

Tercero. *La diversidad de las enfermedades no excede el poder de Jesús.* Todos los que le presentaron fueron sanados, aunque sus enfermedades y sus males fueron grandes, envejecidos é incurables.... “Y curó muchos afligidos de varios males, dice san Marcos; todos aquellos, dice san Lucas, que tenian enfermos de este ó el otro mal, los llevaban á él, y puestas en cada uno las manos, los sanaba....” Modelo de la caridad que deben tener los ministros, siempre dispuestos á visitar enfermos, á asistir á los pobres y á consolar á los afligidos.

Cuarto. *La multitud de los enfermos no disminuye la bondad de Jesús.* Habria podido con un solo acto de su voluntad, con un solo de sus mandatos absolutos, sanar todos los enfermos, pero no lo hizo; quiere imponer sus manos sobre cada uno de ellos en particular, quiere oír sus súplicas, las unas después de las otras, quiere dar á todos el consuelo de poderlo ver y de ser vistos y tocados por él, aun cuando por si misma fuese fastidiosa y repugnante esta funcion. Esta es la caridad con que quiere él que sus ministros nos escuchan en particular, para romper con una particular absolucion las ligaduras de nuestros pecados y reconciliarlos con él. Con la misma bondad se da él todo entero á cada uno de nosotros en el sacramento de su cuerpo sagrado, para servirnos de manjar y sanarnos, para santificarnos y para uniros á él: ¡qué bondad!

PUNTO II.

JESÚS LIBRA LOS ENDEMONIADOS.

Primero. *Le presentaron los endemoniados:* “y echaba con la palabra los espiritus....” El Salvador, que sanaba las enfermedades, tocando los enfermos, echaba los demonios con sola su palabra, para dar á entender y hacer sentir á estos espiritus orgullosos el absoluto imperio que tenia sobre ellos. ¡Oh, y cuán poderosa es la palabra

de Jesús! Si con ella alimentamos nuestros corazones, estaremos siempre dispuestos para oponerla á las sugestiones del demonio, que con todos sus terrores no podrá resistir á una arma tan poderosa.

Segundo. *Los demonios se ven obligados á confesar á Jesucristo.* “Y salian de muchos los demonios gritando y diciendo: tú eres el Hijo de Dios.” ¿Qué significa, pues, esta confesion de los demonios, unida á los espantosos gritos que dan? Son de opinion muchos santos padres, que su pecado fué el no haber reconocido el misterio de la encarnacion del Verbo, y haber rehusado el someterse al Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos debia hacerse hombre.... Ahora lo reconocen, pero ya muy tarde; experimentan los efectos de su poder, lo publican y lo detestan.—Impios, incrédulos, herejes, pecadores de todas las suertes, será doloroso para vosotros, porque seré demasiado tarde el reconocer y confesar á Jesucristo cuando para siempre os echará de su reino y de su presencia.

Tercero. *Los demonios son obligados á callar.* Pero el gritándolos, no les permite decir cómo sabian que él era el Cristo.

Toma Jesucristo con los demonios un tono de amenaza propio de un Señor irritado, y les impone silencio, porque es demasiado malvado su designio en lo que hacen; si alaban, lo hacen por inspirar sentimientos de vanagloria y aljárnalos de Dios con hacernos cómplices de su orgullo; si estimulan á hacer algun bien, sus miras son de oponerse á las disposiciones de Dios, cuando por el contrario el Espíritu Santo todo lo regula con sabiduría y dulzura. Jesús sabia en qué tiempo y á quien debia manifestar su divinidad, y disponia insensiblemente los espiritus á recibir esta grande verdad. El demonio al contrario, habria querido precipitarlo todo, descomponer el orden y la concatenacion de una tan sabia economia, é impedir que el edificio de la Iglesia se elevase sobre este sólido fundamento.—Tal es el artificio que usa el demonio cuando no puede retraer una alma del servicio de Dios; la embiste con la indiscrecion, le presenta la idea de una santidad y de una virtud que no conviene á su estado, le inspira los deberes de una penitencia superior á sus fuerzas, á fin de disgustarla y echar por tierra de este modo el edificio de la perfeccion. Guardémosnos de un tal engaño; vivamos dependientes de los avisos de un sabio director; sigamos con simplicidad los caminos que nos enseña la gracia, dejémosnos guiar del espíritu de Dios, y contentémosnos con caminar poco á poco, segun el grado de luz que se nos comunica. Apliquémosnos ante todo á las obligaciones de nuestro estado y á las sólidas virtudes de la humildad, de la obediencia, de la caridad y de la mortificacion, no fiándonos de cualquiera deseo vivaz y activo que nos estimule á obrar sin reflexion y sin consejos.

Quarto. *Los demonios son confundidos en su ciencia.* "Y no les permití decir que lo conocían..." Sabían, es verdad, los demonios que Jesús era el Cristo; pero no tenían un conocimiento tan seguro y exacto de este misterio como lo tenemos nosotros por medio de la fe; su ciencia estaba solo apoyada sobre conjeturas. Tenían fuertes persuasiones de la divinidad de Jesucristo, porque no ignoraban las promesas, las profecías y el tiempo de su cumplimiento; pero su incertidumbre era tal, que miraban este divino Salvador como capaz de pasiones, de vanagloria, de ambición, de temor, de diffidencia y de pusilanimidad. Por esto intentaron, aunque en vano, en todo el tiempo de su vida hacer pruebas de su virtud; siempre quedaron confundidos, y todos sus esfuerzos sirvieron para manifestar mas su divinidad. En esta y en todas las demás ocasiones contribuyeron sus mismas perversas intenciones á su mayor gloria, ó sea con las palabras que el furor arranca de su boca, ó sea con el silencio que son forzados á observar. ¡Somos nosotros muy dichosos en tener un tal Salvador! ¡Qué desgracia sería la nuestra si saliese bien á los demonios, que no tienen sobre él poder alguno, el separarnos de él y arrebatarnos consigo! Mas estamos bien seguros de que seran siempre impotentes sus esfuerzos si nosotros velamos sobre nosotros mismos y estamos unidos á Jesucristo: si por desgracia venimos á perdersnos, la culpa es nuestra.

PUNTO III.

JESÚS CUMPLE LA PROFECÍA DE ISAÍAS.

"Para que se cumpliera lo que fué dicho por Isaías profeta, que dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras dolencias..."

Tan digna es de admiración la manera con que el profeta predice nuestra redención, como la que tiene Jesucristo en cumplir la profecía. Jesús viene á librarnos del pecado y de nuestras espirituales enfermedades; de la cólera de Dios, de la esclavitud del demonio y del infierno: esta redención y libertad tan preciosa para nosotros, era invisible á nuestros ojos, y por esto mas propia para hacer impresion sobre nuestros corazones; pero se hizo sensible con sanar las enfermedades del cuerpo y con remediar los males temporales, que son la primera pena del pecado. Anuncia, pues, el profeta la redención de estos males sensibles, y Jesús la comienza con librarnos de ellos. Dentro de poco veremos al mismo cargarse de nuestros dolores; aquí vemos que los quita. Nosotros lo vemos ejercitar un absoluto imperio so-

1 Cap. LIII, v. 4.

bre toda suerte de enfermedades, sanar enfermos, librar endemoniados, y darnos con esto una prueba sensible de ser nuestro Redentor y nuestro Salvador. Ahora toca á nosotros reconocer las obligaciones que le tenemos, y comprender bien en qué manera nos ha librado de aquellos males, que sufrimos aun y de que tanto nos lamentamos.

Lo primero. *Jesús nos ha librado de nuestros males con haberles mudado la naturaleza por medio de sus méritos.* Nuestras penas sin Jesús eran puras penas, suplicios que castigaban nuestros pecados sin purgarlos y atormentaban al pecador sin purificarlos; pero este divino Salvador, con cargárselas, las ha elevado, ennoblecido y divinizado. Por sus méritos, son un preservativo contra el pecado que muy frecuentemente se cometería y una satisfacción por el pecado cometido; son el homenaje mas puro que podemos ofrecer á Dios, y el origen de muchos méritos que podemos adquirir en su presencia. ¡Oh santas aficciones, quién habrá, pues, que no os estimis, que no os deseé y que no os busque! No sufrimos ya como hijos de Adán, sino como miembros de Jesucristo. Estando ya libres por él de nuestras penas, ¿por qué las volveremos otra vez á tomar? Siendo ya por él hijos de Dios, ¿por qué volveremos otra vez á la dura condicion de esclavos? Pudiendo por él sufrir con tanta gloria, ¿por qué sufrimos aun sin espíritu de religion, sin virtud y sin mérito?

Lo segundo. *Jesús nos ha librado de nuestros males con haberles quitado el opprobio con su ejemplo.* Habiendo él sufrido por nosotros, es para nosotros cosa gloriosa el sufrir como él y por él. ¿Qué penas del cuerpo y del espíritu podemos tener nosotros que Jesucristo no haya sufrido, y aun mucho mayores? Después del ejemplo de este Dios hecho victima por nosotros, en vez de lamentarnos de sufrir mucho ¿no debemos antes dolernos de que no sufrimos bastante? Si para con el mundo es despreciable la pobreza y la humillacion, este es el desprecio y el opprobio que sufrió Jesucristo, y de que un cristiano debe gloriarse, porque este sufrimiento le procura la mas perfecta semejanza que puede tener con el Hijo de Dios.—¡Bienaventurado el que conoce este misterio! Pidamos nosotros su inteligencia al que es su divino autor.

Lo tercero. *Jesús nos ha librado de nuestros males con haber endulzado su rigor con su gracia.* Nuestras penas sin Jesús eran un peso gravoso, bajo del que estaban oprimidaa nuestras fuerzas. Jesús, con cargárselas, nos ha merecido la gracia, que nos fortifica y nos hace capaces de sufrirlas con paciencia, con resignacion y aun con alegría. ¡Y ah! ¿qué fuerzas comunica la gracia, aun á los mas débiles? ¿qué uncion espesa sobre las carnes mas pesadas? ¿qué dulzura hace gustar en el cáliz mas amargo á la naturaleza? El mundo no lo puede creer, pero lo saben por ex-

periencia los amigos de Jesucristo; y el mundo mismo se ve algunas veces forzado á confesar esta verdad en tantos hechos de que es testigo y en tantos ejemplos que admira.

Lo cuarto. *Jesucristo nos ha librado de nuestros males, habiéndolos hecho de poca duracion.* Nuestras penas sin Jesús hubieran sido eternas; pero con cargárselas las ha mudado en temporales. Las abrevia tambien algunas veces en esta vida, cuando sensible á nuestras súplicas nos restituye la sanidad. Las abrevia tambien poniendo fin á nuestra vida, con la que acaban todas las penas de aquellos que tan bien se han sorrido de ellas, que ya nada les queda que purgar. Las abrevia finalmente en la otra vida, porque si aun quedan algunos que sufrir, los méritos de Jesucristo aplicados á aquellas santas almas por medio de los sufragios de la Iglesia, apresuran su libertad y la posesion de su eterna felicidad.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! persuadido yo de esta verdad, ya no os pediré prodigios para librarme de mis aficciones, solo os pediré vuestra gracia para servirme bien de ellas. Sí, ¡oh Señor! estoy dispuesto á sufrir aquí en la tierra en tanto os agrade, con tal que con vuestro divino socorro haga un santo uso de mis sufrimientos, y con tal que pueda evitar los suplicios del infierno que he merecido, y gozar la eterna felicidad comprada con vuestra sangre y prometida á todo cristiano virtuoso y paciente en las tribulaciones. Amen.

MEDITACION XLVII.

JESUS RECORRE LA GALILEA.

San Marc., c. I, v. 24, 39.—

San Luc., c. IV, v. 43, 44.—

San Mat., c. IV, v. 23, 25.

PUNTO I.

JESÚS SE DISPONE Á SU MISION CON LA ORACION.

"Y levantándose bien presto para la mañana, salió y se fué á un lugar solitario, y allí hacia oracion..."

Primero. *Jesús se alza muy temprano para la mañana para orar.* La mañana es el tiempo mas propio para hacer la oracion; el que pierde en el sueño las horas de la mañana, no recogerá el maná del cielo. Se presentan las distracciones, las ocupaciones mundanas nos solicitan, falta el tiempo y de aquí viene que se experimenta después náusea para la oracion. El jornalero,

el artesano, el hombre constituido en empleo y el literato, se levantan por la mañana estimulados de su deber, de la necesidad, del interés ó del placer. El hombre de oracion debe estar animado de todos estos motivos, y muchos mas aun del ejemplo de Jesucristo. El levantarse es la primera accion del día; la manera con que la hacemos decide ordinariamente del fervor ó de la frialdad de todas las demás. Esto es el primer homenaje que debemos ofrecer á nuestro Criador, el cual sacándonos del sueño, nos saca, por decirlo así, de la nada, nos da de nuevo la vida, nos restituye á nosotros mismos, y parece que cria de nuevo el mundo para nosotros: démonos prisa á gozar de sus beneficios y á mostrarle nuestro reconocimiento.

Segundo. *Jesús se retira al desierto para orar.* Se levanta antes que el sol, y saliendo de la casa de Pedro al vislumbre de los crepusculos, se interna en un lugar desierto, donde lejos del tumulto de la ciudad, se abandona enteramente al fervor de su oracion.—Se puede orar en todos los lugares, aun en medio de las ordinarias ocupaciones mediante el interno recogimiento, la atencion á la presencia de Dios, la rectitud de la intencion y fervorosas aspiraciones. Pero hay una oracion á que cada día se debe destinar un tiempo mas continuado, y para esta se debe buscar el desierto. Nosotros lo encontraremos en nuestros templos, abiertos desde la mañana para la oracion. Lo podemos hallar en nuestras casas, y allí atender á la oracion antes de darnos á otras ocupaciones, y sobre todo, lo debemos buscar en nuestro corazon. No oremos jamás como se debe, si no formamos en nuestro corazon un desierto, una soledad, desembarazándolo de toda inquietud, de todo pensamiento y de todo objeto extraño, para que solo pueda entretenerse con Dios sobre las necesidades del alma y sobre el objeto de la oracion, presentándonos delante de Dios como si solo él y nosotros existiésemos en el universo. Pero ¡ay de mí cuántos se ponen en la oracion, rezan ciertas oraciones y aun las de obligacion, y por falta de estas disposiciones se puede decir con verdad que no oran!

Tercero. *Jesús ora en el desierto.* Luego que Jesús llegó al desierto, pasó todo el tiempo que se detuvo allí en la oracion.—Bienaventurados aquellos que separados del mundo, viven en el desierto de la religion si en ella atienden á la oracion. Nosotros salimos de nuestras casas, vamos al templo, allí nos estamos; pero ah! ¿qué hacemos allí si no oramos? Nos hallamos algunas veces en la soledad, sin ocupaciones; y por qué no nos aprovechamos de esta comodidad para orar? ¡somos ciertamente insensatos! Queremos mas angustiarnos y comunicar á otros nuestros afanes, buscar distracciones y entretenimientos frívolos, que gustar en la soledad las dulzuras de la oracion. ¡Oh divino Jesús! ¿por qué os disteis tanto á la oracion en el desierto? Por

multitud del pueblo que se había puesto en filas en la ribera y que después se volvió bendiciendo á Dios. ¡Qué bondad y qué dignación de Jesucristo para contribuir á la satisfacción é instrucción de este pueblo!—La misma tiene ahora para nosotros por medio de tantos discursos de piedad como se hacen en su Iglesia.—Pero asistimos nosotros? ¿buscamos nosotros lo que nos pueda edificar y corregir de nuestros defectos? ¿ó pensamos solo al lenguaje, al estilo ó á lo que puede lisonjear nuestro espíritu?

Lo tercero. *Meditemos la suerte feliz de Pedro.*—De las dos barcas escogió Jesucristo la de Pedro. Desde esta barca enseñaba, y con esto anunciaba á este apóstol en una manera oculta y misteriosa, la suprema dignidad á que lo debía elevar algún día en su Iglesia... Quería con esto enseñarnos que la Iglesia simbolizada en esta barca y gobernada por los sucesores de Pedro, sería hasta la consumación de los siglos la silla y el centro de la verdad.—Recibimos nosotros nuestra enseñanza de esta silla y de esta barca de Pedro? Los discursos que hacemos los predicadores, de que nosotros gustamos, los libros de religión que leemos, ¿están sellados con el sello de esta autoridad?—Sin esto, ó sean luminosas las máximas que se nos anuncian, ó sublimes los sentimientos, ó afectuoso el lenguaje que se usa para instruirnos y persuadirnos, no se podrá jamás decir que Jesucristo es quien nos enseña; será el maestro de las tinieblas, de los terrores y de la mentira que pretende envenenarnos y engañarnos.

PUNTO II.

SOBRE LA PALABRA DE JESUCRISTO, SAN PEDRO HACE UNA PESCA MILAGROSA.

Lo primero. *Observemos la obediencia de san Pedro.*—“Y luego que acabó de hablar, dijo á Simon: guíame mas adentro y echad vuestras redes para pescar, y Simon lo respondió y dijo: Maestro, nos hemos fatigado toda la noche para pescar, y nada hemos cogido. Con todo eso, sobre tu palabra echaré la red...” Obediencia ciega, por la que Simon sacrifica sus propias luces. *Práctico en el ministerio, sabia que el mediodía no era tiempo tan favorable para pescar como el tiempo de noche; sabia por experiencia de muchas veces, que en aquella parte de mar no había peces; pero cuando se trata de obedecer, no sirven los discursos.—Obediencia llena de confianza: si san Pedro expuso al Señor sus sentimientos y sus reflexiones, no lo hizo por empeñarlo á revocar la orden, si solo para mostrar la confianza que tenía en él y en su palabra. Con todo esto, le dijo, sobre tu palabra voy seguramente á echar la red.... Esto no quiere decir voy á*

hacerlo por obedeceros porque vos lo mandais. Esta sería una obediencia de acción, y no de juicio y de voluntad; quería si decir, voy haciendo sobre vuestra palabra, persuadido que obrando en vuestro nombre y por orden vuestra no será inútil, vano y sin provecho mi trabajo.—Finalmente, obediencia pronta: dichas estas palabras echaron la red Pedro y sus compañeros sin esperar del Salvador respuesta, explicación, nuevas órdenes ni nueva seguridad. ¿Es tal nuestra obediencia á los superiores que sobre la tierra hacen las veces de Jesucristo?

Lo segundo. *Observemos el éxito de la obediencia de san Pedro.* “Y habiendo hecho esto, encerraron una gran cantidad de peces y se rempia su red. Y hicieron señas á los compañeros que estaban en otra barca, para que fueran á ayudarles, y fueron, y llenaron las dos barcas, de manera que casi se iban á fondo.”

Apenas echaron la red, advirtieron que habían cogido una gran cantidad de peces, temieron que se rompiera en su mano, y desesperaron de sacarla sin ayuda; hicieron señal á los pescadores de la otra barca para que vieran á ayudarles; estos se acercaron, y se halló la pesca tan abundante, que las dos barcas llenas casi se hundian. ¿No nos debe empeñar esta maravilla á no desconfiar jamás de nuestro Dios, y asimismo á obedecerle con prontitud?

Lo tercero. *Observemos los sentimientos que inspira este milagro.* Visto por Simon Pedro, se echó á las piés de Jesucristo diciendo: “Apartaos de mí, Señor, porque yo soy un hombre pecador; porque él, y cuantos estaban con él quedaron pasmados de la pesca que habían hecho de peces, y lo mismo le sucedió á Jacobo y Juan, hijos del Cebedeo, compañeros de Simon; y Jesús le dijo á Simon, no temas...”

Habían visto los discípulos obrar muchos milagros á su Maestro; pero este lo llenó de espanto. Siendo ellos pescadores de profesion, eran mas capaces de comprender la grandeza. Pudieron ver sin temor á su Maestro mandar en tierra á los demonios y á las enfermedades y hacerse obedecer de ellos; pero cuando vieron su poder penetrar hasta en los abismos del mar, llamar los peces y unirlos á su gusto, se pasaron de forma que ellos y todos sus compañeros quedaron como mudos é inmóviles del terror, y ni siquiera se atrevieron á levantar los ojos para mirar á su bienhechor. Pedro que en sus sentimientos era mas vivo y mas resuelto sin comparación que todos los demás, venció su temor, y recobradas todas sus fuerzas, se arrojó á los piés de Jesús y le dijo: Señor, no merezco yo teneros en mi compañía ni en mi barca: apartaos de un pecador como yo; no soy digno de poseeros.—¡Oh santidad admirable! ¿cómo osamos nosotros ponernos en vuestra presencia! O por mejor decir: ¿cómo nos presentamos á vos con tan poco respeto, y con tan poco temor?—*Jesús dijo á Simon, no temas*

—Con que yo, Señor, debo decir que vuestra bondad es igual á vuestra potencia y que la una y la otra son infinitas. No se deben ya alejar de vos los que os temen ni los que os aman, aunque sean pecadores: humillándose ellos con corazón sincero delante de vos, vos les dispais sus temores y les asegurais que les concederis vuestros favores. Creereis indignos de Jesucristo por respeto á su grandeza, y conservar al mismo tiempo un tierno amor por su persona, son los medios mas seguros para no separarnos jamás de él.

PUNTO III.

JESÚS INDICA EL MISTERIO ESCONDIDO BAJO ESTE HECHO.

“Y Jesús dijo á Simon: no temas; de ahora en adelante pescarás de los hombres.” Esto es, no te aturda; no solo no te has de alejar de mí, sino que de esto has de comprender, que este es el tiempo de abandonarlo todo y de seguirme. Esto que has visto es solo una figura de lo que yo quiero obrar por vuestro ministerio; de ahora en adelante pescadores de peces, debéis mudaros en pescadores de hombres... Por estas palabras quedaron tan fortificados los primeros discípulos del Salvador, que tiradas á tierra las barcas, “lo dejaron todo y lo siguieron...” Con estas palabras nos hace tambien Jesús comprender que esta pesca fué no solo un milagro, sino tambien una figura y una predicción de otro mayor; esto es, de la propagación del Evangelio por medio de los apóstoles y de sus sucesores; predicción que debe sumamente consolar á los que vemos su literal cumplimiento.

Primero. *En la abundancia de esta pesca espiritual.* Todas las partes del mundo, todos los reinos de la tierra, todas las naciones, todos los climas, todas las lenguas han recibido el cristianismo. La barca de Pedro ha atravesado todos los mares; sus redes misteriosas se han extendido de una extremidad del mundo á la otra, de Oriente á Occidente, del Setentrion al Mediodia; en ellas se han unido á tropas los habitantes del mundo antiguo y del nuevo, y este pescador de peces se ha convertido en doctor de todas las naciones. ¿Pudieramos nosotros creer un tal prodigio si no lo víeramos con nuestros mismos ojos?

Segundo. *Cumplimiento de la predicción de Jesucristo en la manera con que se ha hecho esta pesca.* Esta se ha hecho en una manera que parecia la menos propia para un éxito feliz... Se hizo al mediodía; esto es, se presentó al mundo la religion cristiana tal cual es en sí misma, sin doblez, sin artificio, sin disimulo. Ha propuesto á la sabiduría del mundo la excelencia de sus dogmas, sin discursos, y ha opuesto á la corrupción

la severidad de su moral, sin mitigarla en parte alguna: á la superstición, la unidad de su culto, y á la persecución, la verdad de su fé, y á pesar de este metodía, con esta simplicidad y con esta ingenuidad, ha vencido al mundo, lo ha traído á su seno, lo ha ganado y ha triunfado.

Tercero. *Cumplimiento de la predicción de Jesucristo en aquellos por quienes fué hecha esta pesca.* Esto es en Pedro y sus colegas en el apostolado... De esta manera se ha figurado y cumplido en la pesca de los hombres la predicción y la figura encerrada en la pesca de los peces... Con tales instrucciones ponía el Salvador bajo los ojos de sus discípulos en una manera sensible la historia de su Iglesia, la serie de los trabajos, la regla de sus obligaciones y la imagen de sus sucesos... A Dios solo conviene esta manera de enseñar. No ha sido jamás secta alguna participante de este milagro, ni jamás ha prodeuido apóstoles estando separada de la Iglesia y de la comunión romana. Los novatores, es verdad, han podido pervertir los cristianos, pero jamás los han hecho. Bajo pretexto de pretendida reforma han podido engañar los católicos; pero su celo, siempre de acuerdo con sus pasiones y con sus intereses, no los ha empeñado á abandonarlo todo por la predicción del Evangelio. No hay iglesia cristiana, aunque hoy herética ó cismática, que no reconozca por su apóstol primero á alguno de sus sucesores en la silla apostólica.

PETICION Y COLOQUIO.

Os doy gracias, ¡oh Dios mio! por haberme hecho nacer en vuestra santa Iglesia; ninguna cosa me separará de ella: multiplicad los operarios evangélicos, remid á ella todas las naciones, y haced que entren de nuevo aquellos que por su desgracia la han abandonado: haced, en una palabra, que se forme una grey, un solo rebaño, bajo un solo pastor. Amen.

MEDITACION XLIX.

SERMON DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat., c. v, v. 1, 4.

Observemos primero cuál fué la preparación para este sermón, y después meditemos las dos primeras bienaventuranzas.

PUNTO I.

PREPARACION PARA EL SERMON.

“Y viendo Jesús las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se acercaron á él sus

discípulos; y abierta su boca, los enseñaba diciendo: "Después de la pesca milagrosa de san Pedro, Jesús, acompañado de sus cuatro discípulos, continuó su carrera apostólica. Corrían de todas partes las gentes á tropas por verlo y oírlo: hallándose un día oprimido de la multitud, se subió sobre un monte, y sentado abrió su boca para enseñar.

Consideremos la primera quién enseña: es Jesús, el Verbo de Dios, hecho hombre, la sabiduría increada, Dios mismo.—Escuchémoslo con respeto y con atención.

Lo segundo. *Consideremos el lugar donde enseña:* enseña sobre un monte visible á todo el mundo.... La ley antigua se publicó sobre un monte, y sobre un monte también empieza Jesucristo á publicar la nueva; pero esta no es como aquella del Sinaí acompañada de truenos y relámpagos, esto así respira amor y quietud. ¡Oh Jesús mío! ¡oh amable legislador mío!

Lo tercero. *Consideremos á quién enseña:* son todos aquellos que lo siguen y quieren escucharlo.—Escutad Jesús, se le acercaron sus discípulos, esto es, no solo Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, sino también otros muchos que hacían profesión de ser sus discípulos y de seguirlo en todas partes: detrás estaba el pueblo y todos lo oían con silencio.—Nada nos impide el ir á Jesús; y estaremos tanto más cerca de él, cuanto más dispuestos estemos para escucharlo y practicar su doctrina.

Lo cuarto. *Consideremos la manera con que enseña.*—Se digna enseñar él mismo.... A los primeros hombres les había hablado por ministerio de ángeles; á los judíos en el desierto, por el de Moisés; á Moisés por el de un ángel: en el antiguo Testamento abrió la boca de los profetas, y después la de sus apóstoles; pero aquí habla él mismo. Los oráculos que hemos de meditar fueron pronunciados por su misma divina boca. ¡Qué bondad de Jesús! ¡Y qué derecho no tiene él para exigir nuestro reconocimiento y docilidad?

Lo quinto. *Consideremos la doctrina que enseña:* es el camino de la verdadera felicidad y de la perfección.—Habla Jesús, no para darnos aquellos vanos conocimientos que no hacen otra cosa que fomentar la curiosidad de los hombres sin saciarla y que no nos pueden contentar ni hacer virtuosos; si bien para darnos la idea de la verdadera felicidad y los medios de adquirirla. ¡Y qué otra ciencia nos puede interesar más á nosotros que esta? Recibamos, pues, con ansia y con atención sus divinas instrucciones; jamás ha podido la sabiduría humana inventar otras semejantes. Suministran ellas la prueba más convincente y la apología más bella de nuestra santa religión contra sus enemigos. Tales leyes, tal doctrina y tantos sucesos, prueban que el legislador es el Hijo y el enviado de Dios.

PUNTO II.

PRIMERA BIENAVENTURANZA.

"Bienaventurados (dijo Jesucristo) los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos...." Unos son pobres de espíritu respecto de los bienes que hay fuera del hombre. Otros respecto á los bienes que hay en el hombre. Examinemos estas dos cosas; después meditemos las ventajas que nos traen estos diversos bienes.

Lo primero. Los pobres de espíritu respecto á los bienes que hay fuera del hombre, se dividen en tres clases. Unos son pobres por elección, otros por necesidad y otros por afecto.

Los pobres por elección, que se llaman pobres voluntarios, son aquellos que con libre renuncia se han despojado de sus bienes y se han obligado con voto á no poseer jamás sobre la tierra cosa alguna en propiedad y á servirse solo de ellos con dependencia. Si aquellos sentimientos de despojo de las cosas del mundo, de humildad y de mortificación con que se debió hacer una tan generosa renuncia perseveran aun en ellos; estos se pueden llamar verdaderamente *pobres de espíritu*.

Los pobres por necesidad son aquellos que por la condición de su nacimiento ó por algun accidente ordenado por la Providencia, hallándose escasos de bienes privados del todo de ellos, viven en estrechez ó experimentan los rigores de la necesidad. Si estos, contentos con su suerte, la sufren con humildad y resignación, sin desear trocarla y sin envidiar la de los ricos, se pueden llamar también *pobres de espíritu*.

Finalmente, los pobres por afecto son aquellos que por una especie de necesidad se hallan en medio de las riquezas: si estos las poseen sin apego del corazón, sin orgullo y sin inquietud por aumentarlas; si están dispuestos á perderlas con paciencia; si se sirven de ellas con temor, con sobriedad y moderación; si las emplean en socorro del prójimo, en la propagación de la fe, en el servicio de Dios y no en el fausto, ni en el lujo, ni en las delicias de una vida viciosa, con razón estos se pueden llamar *pobres de espíritu*.

¿En qué clase de estos pobres estamos nosotros? Lo segundo. Hay pobres de espíritu en orden á los bienes que están dentro del hombre.—Tres especies de bienes se pueden considerar dentro del hombre, de que lo debe despojar la pobreza de espíritu. Los primeros son los bienes del cuerpo, como la belleza, la sanidad. Lo segundo son los bienes naturales del alma, como la ciencia, las luces, los talentos, y aquello que por medio de estos adquieren los hombres, como el crédito, el amor y la estimación. Los terceros son los bienes sobrenaturales del alma, que no son necesarios para nuestra perfección, como las consolaciones espirituales, los gustos sensibles, las dulzuras de la devoción.—Como un pobre recibio

PUNTO III.

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA.

El segundo carácter de un cristiano fiel es la mansedumbre; aprendamos á conocerla en toda su extensión.

Lo primero. *Consideremos en qué consiste la práctica de esta virtud,* y primeramente cuál es la manera de practicarla: ella debe ser cristiana, tener por principio la caridad y la humildad, no el genio, el temperamento, el interés, el desseo de agradar ó de engañar; debe ser sincera, y no fingida ni aparente; debe mostrarse en toda la persona, en el semblante, en los gestos, en las palabras, en el tono de la voz, y sobre todo, debe tener su asiento en el corazón.—La mansedumbre que nosotros practicamos tiene este carácter?—Segundo. ¿En qué ocasiones se debe practicar?—Estas son frecuentes y cotidianas. La mansedumbre se debe ejercitar tanto en las cosas pequeñas como en las grandes que ocurren; sufriendo cualquiera cosa adversa y desagradable sin altarse y sin irritarse. Prevenamos, pues, estas ocasiones y estemos siempre dispuestos á practicarla.—Tercero. ¿Con qué personas debemos nosotros ejercitar la mansedumbre? Con nuestros superiores, con nuestros inferiores, con nuestros iguales, con los grandes, con los pequeños, con todos los hombres en general y con cada uno en particular. Todos tienen derecho á que nosotros suframos cuando nos molestan y nos causan algunos disgustos, porque del mismo modo nosotros queremos que nos sufran los otros.

Lo segundo. *Examinemos cuáles son las excusas con que pretendemos cubrir los de la mansedumbre.* Primeramente: el objeto que nos molesta; él es tan desagradable y tan incómodo, que nos parece imposible, ó á lo menos difícil, el poder sufrir: pues con todo, el carácter de la mansedumbre es vencer las dificultades; sin ellas la mansedumbre no sería virtud, y por consiguiente no tendría algun mérito.—Segundo, se alega por excusa el propio natural; yo soy, dice uno, naturalmente vivo. ¿Pero qué? ¿pretendemos acaso nosotros practicar las máximas de Jesucristo solo cuando son conformes á nuestro natural? El nos pide que vencemos este natural, que pongamos un freno á nuestras pasiones, que nos moderemos en nuestros prontos, que se destruyan los malos hábitos, y que se sustituyan los buenos; para esto es necesario usar violencia, no haciéndola: en vano nos lionjamos de ser sus discípulos y de tener parte en su recompensa.—Tercero, el celo por el buen orden; mas el verdadero celo está lleno de mansedumbre. Si alguna vez toma un tono severo, lo hace sin impetu de cólera y sin amargura.—¡Ah! no despreciemos una

con reconocimiento la limosna de las manos de su bienhechor, debemos recibirlos de las de Dios cuando nos los conceda; debemos poseerlos con humildad, como propios de Dios, y no nosotros; nos debemos servir de ellos con temor, y siempre á gloria de Dios; debemos sufrir su pérdida con resignación, y pensar que no fueron criados para nosotros, sino para Dios; á Dios solo nos hemos de apegar, y no á sus dones. Si nosotros nos esforzamos á adelantarnos cada día mas en esta pobreza de espíritu, en esta entera privación de nosotros mismos, mayor será entonces nuestro aprovechamiento en la perfección y en los caminos de Dios.

Lo tercero. De la felicidad de los pobres de espíritu.—Son bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.... El reino puede significar:

Lo primero. *En el cielo,* la posesión de Dios y de toda su gloria, de todas sus delicias, de toda su eternidad, á la que los pobres de espíritu tienen un derecho asegurado por el mismo Dios.—¡Qué ventaja! ¡Qué cambio! Un poco de tierra, cuya inquieta posesión dura un momento, con un reino eterno.

Lo segundo. *En nuestros corazones,* la gracia santificante, la justicia habitual, el estado de la gracia por quien reinan en nosotros Dios, su amor y su justicia, esto es el reino que poseen los pobres de espíritu, en que procuran cada día establecerse mas, perfeccionarse y enriquecerse por medio de las obras de piedad, de virtud, y con el santo uso de los sacramentos, mientras que los ricos del siglo apegados á los bienes de la tierra, viven olvidados de Dios, y con una conciencia por lo comun cargada de pecados y de injusticias.

Lo tercero. *En la Iglesia,* el Evangelio de Jesucristo.—Este reino de Dios ha sido anunciado á los pobres de espíritu, ellos solos lo han recibido, y con simplicidad conservan la fe.... Pero al contrario, el amor de las riquezas, el temor de perder su fortuna, ¡oh! ¡y á cuántos paganos ha impedido el abrazar el cristianismo! ¡á cuántos herejes el volver al gremio de la santa Iglesia! ¡y cuántos que se glorian de católicos, por el desagradable afecto á los bienes de la tierra, desdichan de todo aquello que mira á la fe; no toman por ella algun interés, y no la defienden, aun cuando están en la actualidad estrechamente obligados! ¡Desgraciadas riquezas! ¡quién habrá que no os tema y no os aborrezca? ¡Santa pobreza! ¡quién habrá que no os ame, os busque y os desee? ¡Felix y santo despojo de cuanto no es Dios!—Mirad, cristianos; esta es la primera máxima de religión que Jesucristo anuncia, la primera bienaventuranza que nos propone. Puestos en posesión de esta, con facilidad conseguiremos las otras.

virtud que Jesucristo pone aquí en un grado el más elevado, virtud tantas veces recomendada, y de que él mismo ha dado tan esclarecidos y perfectos ejemplos. Se lisonjean algunos que el faltar á esta virtud sea solo culpa ligera; pero se engañan, porque no ven el escándalo que causa un espíritu austero, no ven la llaga mortal que hace en el corazón del prójimo una palabra dura, áspera y mortificativa.

Lo tercero. *Meditemos el premio prometido á la mansedumbre.* Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.... Esto es, la tierra de los vivientes, la tierra prometida, el cielo, donde en una eterna paz gustarán las dulzuras de un perfecto amor. Poseerán también la tierra, esto es, el imperio de su corazón. Nuestro corazón es en cada uno de nosotros una tierra, un reino, en que continuamente se sublevan mil sediciosos movimientos, los cuales reprimidos desde el principio de la mansedumbre, podemos poseer en paz nuestra alma, y en el alma al Dios de la paz. Si esta paz no reina en nuestro corazón, no puede reinar el espíritu de Dios, con cuyo socorro conseguimos la victoria de nuestras pasiones: con razón, pues, Jesucristo se ha servido de esta expresión, *ellos poseerán la tierra.* Si, sobre esta tierra que nosotros habitamos, por medio de la mansedumbre, podemos granjear las ventajas que en vano buscamos en otra parte: cuántas conversiones estrepitosas, cuántos establecimientos religiosos ha obrado la mansedumbre, los cuales sin ella no se hubieran podido esperar? No es la mansedumbre la que ha puesto al cristianismo en la posesión de toda la tierra posesida tanto tiempo por los paganos?

PETICION Y COLOQUIO.

Sed en adelante, ¡oh Jesús mío! mi modelo; enseñadme á ser, como vos, manso y humilde de corazón, á poseer mi alma y á desterrar de mi espíritu la inquietud y la aspereza de mis palabras; dadme una afabilidad enemiga de las contiendas, de las quejas; la mansedumbre, que se gana todo el mundo; dadme una paciencia que jamás se canse; concededme también que me despoje de todas las cosas, á lo menos en el afecto, para practicar la pobreza evangélica, para quien vos reservais los tesoros de vuestra misericordia. Amen.



MEDITACION I.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat., e. V, v. 7, 7.

PUNTO I.

TERCERA BIENAVENTURANZA.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados...." En la opinión de los hombres, las lágrimas son la porción de los infelices; pero en el juicio del Hijo de Dios son el indicio de la felicidad.... Conviene, pues, examinar de qué origen dimanen estas, para saber cuando se tiene derecho á esta bienaventuranza: para esto se pueden distinguir tres diferentes lágrimas; primera, lágrimas de la naturaleza; segunda, lágrimas de la religión; tercera, lágrimas de la oración.

Primera. *De las lágrimas de la naturaleza.* Consideremos primero quién son aquellos que por la naturaleza están condenados á las lágrimas. ¡Ay de mí! todos los hombres, ninguno exceptuado; el mundo está lleno de afligidos que lloran. Las lágrimas brotan por todas partes, ¡y oh! ¡de cuántos y cuán diferentes motivos vienen exprimidas! La pérdida de los bienes, del honor, de la salud; la muerte de los parientes y de los amigos; la envidia de los concurrentes, la persecución de los enemigos y otros mil motivos de aflicción, hacen derramar en todas las condiciones de personas lágrimas amargas, que solo se pueden endulzar por la religión.

Consideremos lo segundo, ¿qué medios deben practicar para ser bienaventurados aquellos que lloran por la necesidad de la naturaleza? Estos son bienaventurados si se sirven de sus aficciones para apartarse de las criaturas y unirse con Dios; si reconociendo sus penas como venidas de la mano de Dios, las sufren con paciencia y resignación, con espíritu de penitencia y para satisfacer por sus pecados; llegando hasta sufrirlas con amor, y reconociendo que Dios los castiga y los purga haciéndolos semejantes á su Hijo.

Consideremos lo tercero, ¿en qué son bienaventurados los que así lloran? Son bienaventurados "porque serán consolados." Lo están en el cielo, de donde está desterrado todo motivo de aflicción y donde poseerán en Dios una perfecta felicidad. Lo serán sobre la tierra por medio de las intermas consolaciones, de las gracias particulares, por las cuales conocen que tiene Dios pesadas sus lágrimas y medidas sus aficciones, y porque viven seguros, están contados por Dios todos sus suspiros, y porque esperan que serán

abundantemente premiados. Lo serán también sobre la tierra por medio de consolaciones exteriores, porque si Dios los aflige por una parte, multiplica por otra sus favores; pues Dios ordinariamente no permite que todas las aficciones vengan de un golpe y por todas partes sobre una persona. ¡Pero ingratos de nosotros que nos lamentamos de él por los bienes de que nos priva, y lejos de agradecerle los bienes de que nos colma, abusamos de ellos para ofenderle y condenarnos!

Segunda. *De las lágrimas de la religión.* Y en primer lugar, ¿quién son aquellos que por la religión están condenados á las lágrimas? Primeramente son todos los cristianos, que en virtud de las promesas hechas en el santo bautismo, han renunciado á las pompas, á las fiestas, á las alegrías y á las vanidades del mundo; después aquellos entre los cristianos, que ó viviendo en el siglo ó habiéndose por elección de estado separado de él, profesan una vida más santa y más perfecta.

En segundo lugar, ¿qué cosa deben practicar estos para ser bienaventurados? Si instruidos del espíritu de su vocación y conservándolo, detestan las felicidades mundanas, aborrecen el fausto, el orgullo del siglo, huyen los placeres, las alegrías y las delicias del mundo, y entablan por el contrario, una vida seria, retirada, ocupada, laboriosa y penitente.

En tercer lugar, ¿en qué son estos bienaventurados? Son bienaventurados "porque serán consolados." Serán consolados en el cielo, donde gozarán una alegría pura y proporcionada á su penitencia, á su fervor y á sus lágrimas. Serán consolados sobre la tierra, gustando cuanto tiene de consolante una buena conciencia en todos aquellos que cumplen las obligaciones del cristianismo y de la perfección. Y serán consolados también sobre la tierra por la estimación, por la confianza y por el amor que se conciliarán de las personas honestas y buenas; esto les dará coraje y ánimo para sufrir el peso y para soportar el rigor, sin que por esto sea el motivo ó la recompensa de su virtud.

Tercera. *De las lágrimas de la oración.* ¿Cuántos son estas lágrimas? Innumerables son los manantiales que nos abre la oración. Lágrimas de celo á vista de los males que sufre la Iglesia, de los escándalos que se cometen, de los ultrajes que se hacen á Dios por los pecadores, á vista del número infinito de almas que se abandonan á una vida desordenada y se condenan para siempre. Lágrimas de penitencia á vista de nuestros pecados y de nuestra cotidiana infidelidad. Lágrimas de tristeza, considerando la duración, la miseria y los peligros de nuestro destierro. Lágrimas de compasión, meditando las penas, los tormentos y el sufrimiento de Jesucristo. Lágrimas de devoción, adorándolo en la Eucaristía. Lágrimas de ternura, recibiéndolo en la co-

munion. Lágrimas de amor, contemplando la suma amabilidad de Dios, la grandeza y la inmensidad de sus beneficios. ¡Pero quién podrá contar todos los manantiales de lágrimas que el Espíritu Santo hace brotar en un corazón fiel y dócil á sus operaciones?

Son bienaventurados todos aquellos que derraman tales lágrimas "porque serán consolados." En el cielo, donde se enjugarán todas las lágrimas y donde plenamente y para siempre gozarán del Dios de toda consolación. En la muerte, la cual será para ellos llena de dulzura, y que será un ensayo de los bienes eternos que tanto han suspirado. Serán también consolados en sus mismas lágrimas. ¡Ah! ¿quién podrá decir cuál es la dulzura de las lágrimas que hace correr el amor divino? Si conociéramos su precio y su amabilidad, no tendríamos dificultad de arrojar de nuestro corazón toda vana alegría, por solo llorar; á las lágrimas consagrariamos todos los momentos libres de nuestras ocupaciones, ellas serían nuestro manjar por el día, y por la noche nuestra bebida; ellas serían todas las delicias de nuestra vida.

PUNTO II.

CUARTA BIENAVENTURANZA.

"Bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos."

Consideremos lo primero. *¿Qué cosa se debe entender por este bien de la justicia, que tanto se debe desear?* La justicia en este lugar significa el hábito de todas las virtudes y el cumplimiento de todas nuestras obligaciones. Nosotros la llamamos santidad, perfección, gracia santificante, amor de Dios y unión con Dios. Y así como se puede crecer cada día en esta justicia, debemos desear adquirirla y crecer en ella cada día. La justicia tomada en este sentido es nuestro único bien; el solo es el que nos pertenece, y que es todo entero, intrínseco, é inherente á nuestra alma, la cual recibe de ella la nobleza, la grandeza, la belleza y la riqueza. Todos los otros bienes están fuera de nosotros; nosotros podemos ser despojados de ellos á pesar de nosotros mismos: tal es la ciencia misma, tales son los talentos de que el alma tiene solo el uso transitorio; el capital está como en depósito en los órganos del cuerpo, del cual una fibra que se desconcierte, basta para perderlo todo y hacerlo desaparecer. —La justicia es un bien puro y sin mezcla, todos los otros traen consigo su veneno; la ciencia hincha, los placeres nos hacen afeimados, los honores nos deslumbran, las riquezas nos endurecen el corazón; pero la justicia encierra en sí todas las virtudes y se opone á todos los vicios. —Finalmente, la justicia es un bien eterno, pero

no imperdible. ¡Ay de mí! muchas veces se pierde, y siempre por nuestra culpa, siendo de su naturaleza eterno é incorruptible. La muerte nos despojará de todos los otros bienes, sin que nos quede cosa alguna; pero la muerte nos dejará nuestra virtud toda entera, y aun la hará más perfecta. ¿Pues no es una grande locura el afanarnos y desear con tanta constancia y ardor los bienes de la tierra, y no desear los solos verdaderos de nuestra santificación y de nuestra perfección?

Lo segundo. *¿Qué cosa es el deseo de la justicia y cuál debe ser?* Este deseo debe ser vivo y ardiente, como la hambre y la sed; debe formar toda nuestra ocupación, seguirnos en todo lugar y arder en nuestro corazón día y noche. Debe sofocar todos los deseos contrarios y dominar todo aquello que no se puede unir con él. Este deseo debe ser operativo y eficaz, como la hambre y la sed; debe hacernos estar atentos á todas las ocasiones que se nos puedan presentar de santificarnos, solícitos á buscarlas y prontos á cojerlas y aprovecharnos de ellas. Se debe hallar en todas nuestras acciones, en todas nuestras palabras y en todas nuestras empresas y acciones. ¿Qué no se hace, qué no se resuelve por poder satisfacer y apagar la hambre y la sed? Finalmente, este deseo debe ser bien regulado y racional, como la hambre y la sed son en un hombre sano. No nos debemos formar ideas quiméricas de una santidad que no nos conviene; se debe restringir á la esfera de nuestro estado, y entonces practicando todos los días las mismas buenas obras, podremos todos los días crecer en santidad y en perfección. Ni debemos tampoco desear vivamente dones sublimes y extraordinarios, como son los raptos, las revelaciones y los gustos sensibles, sino limitarnos al más precioso de todos los dones, que es hacer la voluntad de Dios, y hacerla todos los días en una manera la más generosa, la más interna y la más pura. Finalmente, no debemos pretender, aun ejercitando las virtudes de nuestro estado, llegar á ser impecables; deseamos si y procuremos huir de todo pecado, y aun de toda imperfección; pero si cayésemos en alguna culpa, como caeremos cada día, no nos conturbemos, no desesperemos; humillemonos, condenémonos á la penitencia, purifiquémonos, estemos atentos sobre nosotros mismos, y continuemos á desear la justicia con mayor ardor.

Lo tercero. *¿Qué cosa es y dónde se halla la sociedad y la hartura de la justicia?* Se encuentran en el deseo mismo de la justicia. Los deseos profanos atormentan é inquietan el corazón que se abandona á ellos, porque su objeto está ausente, está lejos, es difícil, y algunas veces imposible de conseguirse, y siempre incapaz de satisfacer aun cuando se posee. El deseo de la justicia, por el contrario, llena al alma de consolación, porque contiene y suministra su objeto:

deseando amar á Dios y unirse con él, ya lo amamos y ya nos hemos unido á él. ¡Feliz deseo, que es la posesión del bien que se desea! Deseemos, pues, sin cesar crecer en la justicia y en la perfección, que sin cesar nosotros creceremos en ellas: en todos los accidentes y en todas las acciones de la vida se halla esta sociedad, esta hartura. Procurando nosotros santificarnos en todas las cosas, en todas nos santificaremos. Ninguna cosa en el mundo nos lo puede impedir, antes todo puede contribuir y todo nos puede ayudar.

Hallase esta hartura en la doctrina del Evangelio tal cual la ha recibido la Iglesia y nos la explica á nosotros. En ella encuentra el alma roca y que busca la justicia, de qué satisfacerse plenamente. Encuentra la verdadera idea de la santidad, sus reglas, motivos, medios y perfecto modelo. Ninguna cosa fuera de ella puede satisfacer ni poner tranquila el alma, ni en esta ni en la otra vida. Se halla esta hartura en el uso de los Sacramentos, fuentes de las gracias y de la justicia, y sobre todo, en el sagrado convite de la Eucaristía, en que recibimos al justo por excelencia, que quiere él mismo ser nuestra justicia. Bienaventurada una alma hambrienta de este manjar divino y sedienta de esta preciosa bebida! Aquí se saciará su hambre y se apagará su sed á proporción de la hambre y sed con que llegue. Dilatemos, pues, nuestros deseos; cuanto estos sean más grandes, tanto más satisfechos quedarán. A la medida de nuestros deseos seremos participantes del bien que se nos presenta; jamás podremos agotarlo siendo infinito. ¡Oh feliz deseo! ¡oh hambre! ¡oh sed deliciosas! Devorad mi alma para que pueda saciarse á su gusto en este manantial infinito de bienes y de delicias. Finalmente, se hallará esta hartura, esta sociedad en el cielo, donde exant para siempre del pecado, separados para siempre de los pecadores y admitidos á la compañía de los justos, viviremos con ellos en el reino de la justicia y poseeremos, sin temor de perderlo, al Dios autor de toda justicia.

PUNTO III.

QUINTA BIENAVENTURANZA.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia....” Se puede socorrer al prójimo: primero, en sus necesidades corporales; segundo, en sus necesidades espirituales; tercero, en sus defectos.

Lo primero. *De la misericordia con el prójimo en sus necesidades corporales:* dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar los encarcelados, asistir á los enfermos, dar posada á los peregrinos, rescatar

los cautivos y enterrar á los muertos, son las obras de misericordia. ¿Y de qué manera las ejercitamos nosotros? ¿nos aprovechamos de las ocasiones que se ofrecen para ejercitarlas? ¿las practicamos nosotros segun nuestra posibilidad y segun la necesidad del prójimo como quisiéramos que se hiciese con nosotros si nos halláramos en sus mismas circunstancias, y como deseamos que Dios lo haga con nosotros? Ahora, pues, ¿cómo ejercita Dios con nosotros las obras de misericordia? Nos ha proveído de bienes, nos ha dado con qué alimentarnos, con qué vestirtos; gozamos de salud y de libertad, y nos ha dado habitación en que alojarnos, y acaso con magnificencia; pues demos á Dios gracias porque nos ha colmado de tantos bienes, y reflexionemos que no nos da para nosotros solos; que no se puede hallar en ellos felicidad mayor, ni podemos sacar de ellos mayores ventajas, que con hacer participantes tambien á los infelices, y corresponder de esta manera á sus deseos; esto es, imitando su bondad, acrecentando nuestro mérito, y mereciendo para nosotros la abundancia de sus gracias.

Lo segundo. *De la misericordia en socorrer al prójimo en las necesidades espirituales.* Las obras de misericordia espirituales son principalmente, corregir con prudencia y caridad al que yerra, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, dar buen consejo al que lo ha menester, rogar á Dios por los vivos y por los difuntos.—¿Cómo ejercitamos nosotros estas obras? ¿cuántas veces dejamos de reprender por vileza y por respeto humanos, ó solo lo hacemos por capricho, por espíritu de crítica y con aspereza? ¿estamos nosotros atentos para instruir aquellos que dependen de nosotros? Si no los instruimos, ¿tenemos cuidado á lo menos de hacerlos instruir en los misterios de la religion y en sus obligaciones para con Dios? ¿Ay de mí! ¿cuántos se contentan solo con verlos instruidos en las ciencias profanas y en la ciencia del mundo! ¿Presentando-se las ocasiones damos nosotros lecciones de piedad, de virtud, ó por el contrario, lecciones de vanidad, de impiedad, de irreligion y de libertinaje? ¿y cómo escuchamos nosotros las aflicciones de nuestros prójimos? ¿quién sabe si en lugar de consolarlos, no los deseamos y acrecentamos su aflicción?... Los consejos que nosotros damos, son segun el mundo ó segun el Evangelio, para la salvación ó para la ruina de las almas: Finalmente, ¿satisfacemos en nuestras oraciones y con las que podemos granjear de otros, á las obligaciones que tenemos para con los difuntos y para con los que aun viven? ¿Ay de mí! en vez de esta misericordia tan expresamente repetida y recomendada en el Evangelio, ¿cuánta crueldad y cuánta inhumanidad en toda nuestra conducta!—¿Pero de qué manera ejercita Dios con nosotros estas obras de misericordia?—Nos reprende con remordimientos saludables

y llenos de dulzura. Y nosotros ¿cuántas veces hemos buscado todos los medios para sofocarlos en nosotros, y acaso tambien en otros! Nos ha hecho nacer en el seno de la Iglesia, y en ella nos ha rodeado de luces y de instrucciones. Pero ¡oh Dios! las hemos despreciado por dedicarnos á las ciencias frívolas é inútiles, ó acaso por recibir lecciones del mundo, del error y de la impiedad. Dios está siempre dispuesto á oírnos y consolarnos en nuestras aflicciones; ¿pero si no recurrimos á él, sino á las criaturas, y en estas buscamos el consuelo, no tendrá motivo de lamentarse? Mil inspiraciones nos iluminan todos los días y nos excitan al bien. Mas ¿cuál es nuestra fidelidad en seguirlos? ¡Ah! demos gracias á Dios porque hasta ahora no ha retirado enteramente de nosotros su misericordia, aun á vista de nuestra ingratitude, y para merecerla siempre más, estemos siempre atentos á ejercitarla con nuestros prójimos.

Lo tercero. *De la misericordia en sufrir al prójimo en sus defectos.*—Muchas cosas debemos sufrir en el prójimo y de parte del prójimo. Hay injurias atroces y faltas de atención considerables á que se debe conceder un generoso perdón; mas frecuentes son las faltas ligeras, y se necesitan olvidarlas y sufrirlas; se deben disimular otros muchos defectos, de genio, de modales enfadosos y desagradables. ¿Y cómo ejercitamos nosotros estas obras de misericordia? ¿perdonamos las injurias con sinceridad y sin deseo de venganza? ¿olvidamos las ofensas sin fomentar la memoria en nuestro espíritu, sin exasperarlas en nuestra imaginación, sin exasperar nuestro resentimiento en el corazón, sin hacer mención de ellas en nuestros discursos, y sin dar parte á aquellos que juzgamos poder indisponer contra quien nos ofende? ¿Soportamos los defectos del prójimo sin notarlos afectadamente, sin hacerlos ver con ojos malignos y sin hablar con desprecio? ¿creemos nosotros que jamás ofendamos á nadie y que no tenemos defectos que nos sufran los otros? ¡Ah! ¿cuánta necesidad tenemos de que Dios ejercite con nosotros su misericordia!

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio! ¿dónde estaria yo ya en este punto sin vuestra divina bondad!... Enormes delitos y sin número, ofensas multiplicadas todos los días, defectos considerables, continuas imperfecciones, maneras desagradables, y opuestas á vuestra santidad, forman el plan de toda mi vida, y esto es lo que me arroja en los horrores de la desesperación, si no supiese que vuestra misericordia es infinita. Para derramar sobre mí todos sus efectos, solo me pide que use yo de misericordia con los otros. Vos me lo perdonareis todo si yo todo lo perdono. Vos mismo me lo habeis asegurado. ¿Y quién soy yo para compararme con vos? ¡Oh dulce ley! ¡oh ventajosa

condicion! ¡oh Jesús! Quiero ejercitar en toda su extension la misericordia, para participar de vuestra eterna misericordia. Amen.

MEDITACION LI.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESU-CRISTO EN EL MONTE.

San Mat., c. V., v. 8, 12.

PUNTO I.

SEXTA BIENAVENTURANZA.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios...” ¿Qué cosa es la pureza del corazón? ¿cuáles son los prejuicios que se forman contra esta virtud? y cuáles serán finalmente sus recompensas? Examinemos por partes esta materia.

Lo primero. *¿Qué cosa es y en qué consiste la pureza de corazón?*—Tres grados se distinguen en la pureza de corazón.—El primero es el estado de gracia, que pertenece a la vida purgativa. En este primer grado un corazón puro es un corazón acrisolado y purgado de la mancha del pecado mortal y apartado de todo afecto al pecado venial, de manera que reina en él el amor de Dios y en él habita la gracia santificante: esto se llama *ser justo*.

El segundo grado es un estado de virtud que pertenece a la vida iluminativa. En este segundo estado está un corazón puro, del cual se han extirpado los hábitos malos para sustituir otros santos, de manera que en él ya están mortificadas y sujetas las pasiones, y con facilidad practica la virtud: esto se llama *ser virtuoso*.

El tercer grado es un estado de santidad que pertenece a la vida unitiva. En este tercer grado un corazón puro es un corazón despegado de todas las criaturas y unido solo a Dios. Ninguna criatura lo puede mover, solo Dios lo mueve; no halla otro gusto ni otro placer, otra consolación, otro dolor, otra tristeza, otro deseo, otro temor, otro afecto y amor, que según Dios, por Dios y por el cumplimiento de su santísima voluntad: esto se llama *ser santo*.

Contentarse con el primer grado, ó verdadero ó pretendido, sin aplicarse eficazmente á adquirir los otros dos, se llama estado de tibieza, estado peligrósísimo en el negocio de la salud. Nuestro corazón es como un centro donde todo va á parar. Nuestros sentidos exteriores se complacen en extenderse por todas partes y llenarse de mil impuros objetos que penetran después hasta el corazón; es necesario tener en esclavitud

los sentidos y encadenarlos para poder permitirles solo lo necesario. Nuestro espíritu, nuestra imaginación y nuestra memoria son facultades inquietas que sin cesar envían mil vapores, cuya malignidad va á parar al corazón.

Es necesario tenerlas sujetas y ahuyentar con imperio todo pensamiento, toda imaginación y todo recuerdo, no solo desreglado ó peligroso, sino también inútil. El corazón, finalmente, es un terreno ingrato que las mas veces produce solo espinas y veneno; afectos desordenados, deseos injustos, intenciones pecaminosas: conviene arrancar sin compasión, hasta la última fibra, estas impuras producciones, y desarraigarlas tantas cuantas veces renacen.

Lo segundo. *¿Cuáles son los prejuicios que se forman contra la pureza de corazón?*—Primer prejuicio: *vivir de esta manera, es un vivir triste é infeliz.*—Pues qué, nuestra felicidad puede venirnos del pecado, de las pasiones ó de las criaturas? ¿acaso no son estos los principios y el origen de todas nuestras penas, de todos nuestros afanes y de todas nuestras desgracias? ¿no nace de este cruel imperio la funestísima y durísima esclavitud que experimentamos? ¡Oh Dios! ¡qué dulzura gusta un alma que ha roto sus lazos, que se ha puesto en libertad y que solo está unida á vos!—Segundo prejuicio. *Una tan continua atención es casi imposible.*—Pero la gracia no hace todas las cosas posibles.—Pero la gracia no hace todas las cosas posibles? Hubo santos, hubo almas puras de todas las condiciones y aun de aquella en que nosotros nos hallamos, que siguieron una vida semejante: es verdad que se encuentran dificultades y que para adquirir esta pureza de corazón se requieren atenciones y aplicación; pero sin dificultades no se consigue bien alguno.

Tienen su dificultad las ciencias y las artes; mas las dificultades no impiden el adquirirlas y aprenderlas. Estas dificultades se allanan á proporción de los progresos que se hacen, y en fin, el gusto de haberlas vencido recompensa la fatiga que ha costado el vencerlas. Lo que al principio parece imposible, se hace fácil con el uso. Por otra parte, estas dificultades nos suministran un medio de dar á Dios testimonio de nuestro amor, y por difícil que sea lo que viene mandado por el amor, es dulce y fácil.—Tercer prejuicio: *Esta perfecta pureza de corazón no es de precepto.*—Antes es de precepto indispensable, y de precepto que esencialmente deriva de la grandeza y de la santidad de Dios. De hecho, ¿no basta una aunque mínima impureza para cerrarnos el cielo, donde nada entra ni puede entrar manchado? y para purgar nuestra alma, se requiere algo menos que las llamas del purgatorio? ¡Ah! entonces se comprenderá cuál ha sido la locura de cambiar algunas penas ligeras que purifican donos aquí, hubieran también aumentado nuestra corona, con aquellos suplicios que se sufren allá, como puro castigo, sin que le agraden á Dios y sin mérito alguno nuestro.

Lo tercero. *¿Cuáles son las recompensas para los limpios de corazón?*—Aquellos que tienen puro el corazón, *verán á Dios*. Lo verán en sus obras, en el establecimiento y conservación de su Iglesia; en los santos libros que contienen sus oráculos y en todos los acontecimientos que son efecto de su providencia; lo verán en sus intereses favores, sí, las luces, las consolaciones, las delicias sobrenaturales que Dios se complace de tiempo en tiempo inundar un corazón puro, tienen tanto de divino y de inefable, que en su comparación, son horrores y tormentos todas las delicias de la carne y del mundo. Finalmente, lo verán en sí mismo en el cielo. Entonces, cuando los dolores de la última enfermedad, los sacramentos, las paces y oraciones de la Iglesia habrán acabado de purgar esta alma; entonces, cuando una muerte santa habrá sellado con la perseverancia final su fidelidad, vendrá ella á ser admitida á ver á Dios cara á cara, á gozar de él y á amarlo con un amor beatífico y eterno. ¡Oh recompensa digna de la bondad de un Dios!—Ocurreré yo que hago mucho, por mas que haga, para poseerle? ¡Oh pureza de corazón, qué preciosa eres y qué digna de todas mis atenciones!

PUNTO II.

SÉTIMA BIENAVENTURANZA.

“Bienaventurados los pacíficos; porque serán llamados hijos de Dios...” Examinemos cuáles son las obligaciones del hombre pacífico, tanto por lo que mira á la paz pública, cuanto á la paz privada y doméstica, y en qué consiste su bienaventuranza.

Lo primero. *¿Cuáles son las obligaciones del hombre pacífico por lo que toca á la paz pública?*—El amor de la pública paz, exige en primer lugar atención para no turbarla nosotros mismos. Para no turbar la paz y tranquilidad del Estado, de una comunidad, obedecemos á las leyes y á aquellos que mandan, sin quejarnos, sin criticar y sin lamentarnos. Para no turbar la paz de la Iglesia, sometámonos á sus leyes y á las decisiones de sus pastores, sin buscar cavilaciones y equívocos. Para no turbar la paz del público, no le importunemos con nuestras particulares quejas, con escritos y con manifestos, con apolojas ó sátiras que no sirven de otra cosa que de desmitir los espíritus y fomentar partidos. En segundo lugar, el amor de la pública paz, pide celo para restablecerla cuando está turbada. Para contribuir á esto, debemos no tomar algun partido entre los particulares; declararnos siempre á favor de la obediencia y de la sumisión debida á la potestad legítima, y finalmente, procurar ofreciéndose la ocasión

según el grado de nuestra autoridad, dulcificar los espíritus y hacerlos entrar otra vez en su deber y en los caminos de la paz. En tercer lugar, el amor de la pública paz pide paciencia y oración. No pudiendo nosotros contribuir en cosa alguna para su restablecimiento, contentémonos con gemir, suplicar á Dios y orar. Si fueran inútiles nuestros lamentos, estemos en silencio y pensemos en sacrificarnos. Aun cuando la paz fuese destruida de toda la tierra, nada nos impedirá el tenerla en nuestro corazón, con nosotros mismos y con Dios.

Lo segundo. *¿Cuáles son las obligaciones del hombre pacífico en orden á la vida privada y doméstica?*—Debe en primer lugar estar atento á no turbarla por sí mismo, á reprimir su indole, á medir sus palabras y á regular sus acciones, de manera que no falte á alguna de las obligaciones de respeto, de urbanidad, de caridad, debidas al prójimo. En segundo lugar, necesita tener celo para contribuir al restablecimiento de la paz entre aquellos que la han perdido; celo lleno de dulzura y de caridad, para aseogar los espíritus, mirarlos, reconciliarlos. Lleno de prudencia, para no entrar en quejas, que de nada sirven para el bien de la paz. En tercer lugar, debe hacer sacrificios para conservar la paz con aquellos que la turban; sacrificio de sus derechos, de su reputación y del punto de honor. No ama la paz quien nada quiere sacrificar al bien de la paz.—¡Ah! de ahora en adelante tengamos por regla el no responder á cada palabra, el no dar fe á ciertas relaciones, el no atender á los malos tratamientos, el no resentirnos de las ofensas y el no hacer alguna resistencia á las pretensiones. Nos mirará acaso el mundo como necios y sin espíritu, como viles é insensatos, como culpables y viciosos. Pero ¡ah! dejemos de ir al mundo y pensemos en las palabras de Jesucristo.

Lo tercero. *¿Cuál es la felicidad de aquellos que son pacíficos?*—Son felices, lo primero, porque son hijos de Dios, de quien cumplen la voluntad, siguen el ejemplo y hacen bendecir su nombre. Los que turban la paz son al contrario, hijos del demonio, de quien siguen las inclinaciones, imitan las obras y promueven los designios. Lo segundo, son felices, porque serán reconocidos por hijos de Dios, no solo sobre la tierra por las personas honestas y de bien, cuyo juicio es siempre de una grande consolación, sino tambien por los malos y por los perversos el día del juicio final: *estos son*, dirán, *aquellos que hemos maltratado y despreciado, que mirábamos y reputábamos como insensatos: ¡de qué glorioso están vueltos! Miradlos ahora en el número de hijos de Dios.* ¡Ah! nos engañamos, nosotros somos los insensatos. Lo tercero, son felices porque serán tratados como hijos de Dios felices por la heredad del Padre celestial, y admitidos á la heredad del Padre celestial, donde gozarán una paz perfecta, deliciosa y eter-

na; mientras aquellos que la habrán turbado, tendrán por habitación un lugar de horror y de suplicio, donde reinará una guerra eterna y un eterno desorden.

PUNTO III.

OCTAVA BIENAVENTURANZA.

"Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de estos es el reino de los cielos...." Examinemos en qué consiste esta persecución del mundo, ó sea contra la virtud de los justos, ó sea contra el celo de los apóstoles, y meditemos las ventajas de esta persecución para los hombres apóstólicos.

Lo primero. *Persecución del mundo contra la virtud de los justos.*—Hay varias especies de esta persecución. Primera: *persecución abierta*, para la que se emplean amenazas, violencias y malos tratamientos, para inducir al pecado y alejar de la virtud y de la piedad, ó hacer abandonar la profesión de una vida retirada y perfecta.—*Persecución maligna*, porque se desacredita, se hace ridícula y se exponen al desprecio la virtud y los virtuosos.—*Persecución hipócrita*, por la que, bajo el pretexto de oponerse á los defectos y á los abusos, se declama contra la devoción y contra los devotos, poniéndose de aquí las miras contra los eclesiásticos y los religiosos. ¡Ah! si estos declamadores tuvieran verdaderamente compasión, ¿cómo publicarían los defectos que á las veces se hallan aun en las personas buenas? Gemirían antes que hablar, ó hablarían en otros términos, en otros sitios, en otro tono y de una manera menos injuriosa y menos general. Segunda. Observemos la gravedad de los delitos de los perseguidores: ultrajan los amigos de Dios, cuyas oraciones debieran solicitar. ¿Mas creerán ellos que Dios no tomará venganza? Son ministros del demonio y cooperadores de su odio y de su envidia contra los hombres, ocasionando la ruina de las almas, entre las cuales muchas no tienen ánimo para entrar en el camino de la virtud, y otras para perseverar. Se cierran á sí mismos el paso para volver á Dios, y se ponen en un estado de endurecimiento de que no habrá cosa alguna que pueda retirarlos. ¡Ah! guardémosnos de ser de este número. Si no tenemos ánimo para ser fervorosos, no tengamos á lo menos la flaqueza de aborrecer á aquellos que lo son, antes bien procuremos amarlos y estimularlos, y cuando se presente ocasión seguir su partido. Tercera. ¿Cuál es la felicidad de los perseguidos? No os desaniméis vosotros, que sois el objeto de la persecución del mundo; antes alegraos, porque ella establece en vosotros el reino de Dios y de su gracia, os asegura la posesión del Evangelio, cuyas leyes seguís, os da derecho al reino de los cielos, á donde se llega por el camino del

padecer, y finalmente, porque ya os toca á vosotros este reino.

Lo segundo. *Persecución del mundo contra el celo de los apóstoles.*—"Bienaventurados sois (continúa Jesucristo) cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo por causa mía...." Las otras bienaventuranzas las propone Jesucristo en una palabra; pero en esta insiste y la declara, porque era de suma importancia para su Iglesia, é igualmente necesaria á los apóstoles para sostenerse en su ministerio y á los fieles para reconocer á los apóstoles. ¡Infeliz Jerusalem, que perseguiste é hiciste morir los profetas, tu endurecimiento ya se completó y es irremisible! ¡Ah! guardémosnos de hacernos participantes de su pecado; honremos á aquellos que padecen y sufren por Dios, por la religión y por los intereses de la virtud, y cuando sea necesario defendamos su causa. Bienaventurados nosotros si de algun modo nos hacemos participantes de sus oprobios.

Lo tercero. *Las ventajas de la persecución para los hombres apóstólicos.*—"Gozaos y alegraos (continúa Jesucristo), porque vuestra recompensa es muy grande en los cielos; pues así han perseguido también á los profetas, que fueron antes que vosotros...." La primera ventaja que trae la persecución á los varones apóstólicos, es de preservar su virtud de los escollos de la vanidad y del amor propio, de la disipación y del amor del mundo, de la seguridad y de la relajación.—La segunda ventaja es de aumentar y acrecentar su recompensa. ¡Oh! ¡y cuán grande será ella en el cielo! Felices perseguidos, alegraos sin término solo de pensar en una tan grande felicidad: os convida Jesucristo mismo á que os alegréis. ¡Oh! ¡y cuán digna es de envidia vuestra suerte!—La tercera ventaja es de poner el colmo á su gloria. La persecución ha hecho á los apóstoles semejantes á los profetas, y hace los hombres apóstólicos, semejantes no solo á los profetas y á los apóstoles, sino también á Jesucristo.... No os desaniméis, pues, en vuestras persecuciones, ministros del verdadero Dios; miradlas como glorioso patrimonio de vuestro misión, porque si de esto os priva.... ¡Ah! temed que esta calma funesta sea efecto de vuestra flojedad y ociosidad, y de vuestras complacencias por el mundo, por sus vicios y por sus errores. Temed que sea para vosotros ocasión de relajación y de corrupción; temed que el mundo, que si no os persigue será porque vosotros no le contradecís, bien presto os despreñará; y finalmente, el Señor irritado de vuestra vileza, sustituirá otros operarios mas fieles que tomen sobre sí las persecuciones que vosotros rehúsais, y os quiten la corona que no habeis tenido el valor de merecer.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio! ¿con que para vivir en vuestro

santo temor y en la piedad, debo esperar el pasar mi vida en el desprecio del mundo; ¿qué gloria para mí si tengo por enemigos solo los vuestros! ¡Oh Jesús mio! ¡feliz si puedo sufrir alguna cosa por vos, que tanto habeis sufrido por mí! Todos los males que yo puedo sufrir, sean siempre, ¡oh Señor! el efecto de mi fidelidad y de mi amor por la justicia; pero no el efecto de vuestra justicia divina. Dadme el espíritu de paz para con los enemigos mismos de la paz; un espíritu de bondad, de afecto, de cuidado y de ternura para con todos los hombres, un espíritu de union que me aplique incesantemente á reunir los corazones y los espíritus, á desterrar la discordia, á componer las diferencias y á sofocar la zizania. Finalmente, dadme, no solo con los otros, "sino aun tambien conmigo mismo, aquella paz que sobrepaja todo entendimiento y que no puede dar el mundo. Purgad, con vuestro santo espíritu, mi corazón, ¡oh Dios mio! enciende en él el fuego de vuestro amor; haced que siempre ilustrado con su luz é inflamado de su ardor, siga en mis costumbres y en mi vida aquella inocencia y aquella pureza de alma que solo es digna de vuestro amor aquí en la tierra y que sola debe poseeros para siempre en el cielo. Amen.

MEDITACION LII.

DEL CUMPLIMIENTO DE LA LEY.

San Mateo, c. V, 13 y 20.

Jesucristo nos enseña aquí: primero, cuáles son los medios; segundo, cuál es la obligación; tercero, los motivos de cumplir con la ley.

PUNTO I.

MEDIOS PARA CUMPLIR LA LEY.

Los medios para cumplir con la ley se sacan del ministerio de los apóstoles y de los pastores. Las órdenes que Jesucristo ha encargado á sus ministros y los privilegios con que los ha honrado, son todos á nuestro favor, y los medios que se deben emplear para cumplir las órdenes recibidas, miran también á nosotros mismos.

Lo primero. *Jesucristo ha revestido de su autoridad á sus apóstoles para corregir y reprender.* "Vosotros sois la sal de la tierra, que si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? Ya no es buena para cosa alguna, sino para ser echada fuera y pisada por los hombres...." Los apóstoles y pisada por los hombres...." Los apóstoles y los pastores son la sal de la tierra, para que nos preserven de la corrupción del pecado con la sabiduría de sus consejos, de sus exhortaciones y de sus correcciones, con la predicación

y con la administración de los sacramentos. Es sublime su empleo, pero no deja por esto de ser para ellos peligroso, porque si cae el pastor ¿quién lo levantará? si falta ¿quién lo corregirá? si se extravía ¿quién lo volverá otra vez á entrar en camino? si pierde el gusto á su estado y á su deber ¿quién se lo volverá?... ¡No será, pues, este arrojado de Dios y despreciado de los hombres, como una sal fatua, insípida, inútil, que debería arrojarse en los caminos para que fuese pisada por los pasajeros! ¡Oh! ¡y cuán difícil es la conversión de un sacerdote que ha abandonado á Dios! A sus primeras caídas se seguirá la ceguera y la dureza del corazón. Mas si quieren estos vivir en el temor y en la humildad, mediten las amenazas de Jesucristo. Nuestra obligación es examinar con qué docilidad, con qué diligencia y con qué reconocimiento recibimos esta sal, que no se nos niega, y qué fruto saacamos.

Lo segundo. *Jesucristo ha confiado á sus apóstoles y á los pastores su doctrina para enseñar.* "Vosotros sois la luz del mundo; no puede estar escondida una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la antorcha y la meten bajo del celemin, sino sobre el candelero, para que dé su luz á toda la gente de casa...." Los apóstoles y los pastores son la luz del mundo; luz segura que guía los hombres á su fin, á Dios, á la verdad, á la felicidad eterna.—Toda otra luz que venga de otra parte, que tenga otro origen, es error, es timieblas y guía seguramente al precipicio; luz universal, que ilumina todo el mundo y que deben seguir todos los hombres. Luz pura, que no sufre división ni mezcla; luz sublime, elevada sobre los sentidos, sobre los prejuicios, sobre la razón; luz resplandeciente, visible á todos los ojos que la quieren ver, y que solo no ven los que se distraen con obstinación por no verla. El cuerpo de los primeros pastores, la doctrina católica y apostólica, la Iglesia que enseña, es aquí comparada por Jesucristo á una ciudad situada sobre un monte, que no se puede esconder. No podrán jamás llegar á ella los torbellinos de polvo que el mundo se esfuerza á levantar contra ella. Estos no sirven de otra cosa que de cegar á aquellos que los levantan. Cualquiera que tenga el corazón recto, no puede deslumbrarse; ve sin oscuridad la Iglesia fundada por Jesucristo, sigue constante y sin dudar su enseñanza, y se sujeta sin restricciones á sus órdenes. Cada Iglesia particular viene comparada en este lugar á una casa y está sujeta á su pastor, cuya enseñanza es la antorcha que debe estar sobre el candelero para alumbrar á toda la gente de casa. ¡Ay del pastor que por temor tiene escondida la luz bajo del celemin! ¡Ay si la deja apagar con no conservar la comunicación con el cuerpo de los pastores, que es la luz del mundo! Pero esta siempre subsista y basta para iluminarnos: ahora bien, ¿examinamos nosotros al resplandor de esta luz? ¿seguimos esta doctrina?